

Memento mori es un *dictum* latino que significa literalmente “recuerda que morirás”. El uso de esta frase se empleaba para recordarle a un militar triunfante en un evento bélico que no fuese soberbio, pues la condición mortal es infranqueable. La expresión apunta a la fugacidad de la vida, y otro de sus usos se encontraba conectado con el simple imperativo: debemos recordar nuestra mortalidad como seres humanos.

Este imperativo trasciende épocas, pero ¿podemos conocer qué es la muerte?, ¿por qué es indispensable recordar la muerte? Los latinos creían, lo cual me parece vigente aún, que la muerte debe recordarse por dos razones, nuestro poder y control de las cosas es fugaz e ilusorio, además de que la mirada puesta en la muerte nos puede hacer valorar la vida.

La muerte no es un tema sencillo dado que es totalmente angustiante, esta angustia normalmente es un terror psicológico al no saber qué encontraremos cuando estemos muertos, pero ¿encontraremos algo en la muerte? Pensamos la muerte desde la vida, por ello creemos que experimentaremos algo, lo cierto es que no lo sabemos, desconocemos si tendremos experiencia de algo una vez fenecidos, desconocemos si tendremos la misma forma de experimentar.

Heidegger afirmaba que nuestro ser más radical es ir hacia la muerte, la existencia es un trayecto temporal que culmina en la muerte. Esta existencia finita es la que posibilita que tengamos una vida tal y como la entendemos, pues permite que vivamos en una época, en una cultura, hablemos una lengua y convivamos con personas de esa época.

El filósofo alemán que hemos aludido pensaba que el estado de finitud o muerte se experimenta de cierta forma en vida. Se tiene acceso a la muerte mediante la angustia, pero no una angustia de carácter psicológico, sino una angustia de carácter ontológico, lo cual significa comprender la finitud por lo que es, en tanto que es algo que acontece: la muerte es la clausura de las posibilidades, lo que las finiquita, el angostamiento de posibilidades de lo que somos. En vida somos posibilidad, ya que nosotros decidimos lo que queremos ser y estamos siendo, pero una vez que la muerte llega no somos más posibilidad de autodeterminación.

Para Epicuro la muerte no se podía experimentar. Afirmar que la muerte se podía comprender constituye un absurdo o sinsentido, pues “cuando la muerte llega nosotros ya no estamos”. Con lo anterior, el filósofo griego pretendía eliminar todo temor y superstición ante la muerte, a saber, cuando estamos muertos nosotros ya no tenemos conciencia alguna de eso que llamamos muerte. En este sentido, no podemos conocer qué es la muerte misma, ni mucho menos, qué es aquello que nos depara más allá de nuestra propia muerte, pues estamos impedidos de saberlo.

Al parecer, estas concepciones sobre la muerte son más angustiantes que la muerte misma, ya que la muerte sólo se puede comprender como el polo negativo de la vida, como límite que nos aproxima. Tanto Heidegger como Epicuro nos hablan de la muerte en general, pero nos dicen poco respecto de nuestra propia muerte. ¿Cómo hablar de nuestra propia muerte?

Nietzsche sostenía que la muerte es un acontecimiento que se vive, pues no se puede diferenciar entre vida y muerte, cada momento que vivimos estamos muriendo, la muerte no es el simple culmen de la existencia. La muerte se vive bajo ciertas ideas heredadas de nuestra cultura y educación familiar, no podemos separar nuestra muerte de las ideas propias que tenemos en torno a ella.

La muerte, como el último momento de la vida, tiene un significado específico para nosotros, podemos vislumbrar la trascendencia de nuestra muerte, comprender la situación en la que dejaremos a nuestros seres queridos, incluso podemos desear cómo morir y acercarnos a la muerte eligiendo qué

¹ Artículo publicado el día 20 de Junio de 2018, en el Diario de Xalapa.

deberían hacer con nuestras cenizas o nuestro cuerpo. En este espacio significativo, cabe concebir la muerte como un evento alegre, debido a que si valoramos nuestra vida, necesariamente tenemos que valorar nuestra muerte.

Memento mori, recordar que somos finitos para construir nuestra muerte, y así, también poder construir nuestra vida en su totalidad. Recordar que debemos vivir la muerte para no hacerla a un lado como algo desconocido, atemorizante, en todo caso, si la muerte fuese así, no dejaría de ser nuestra propia muerte.

opinión Enrique Sánchez Ballesteros

Memento mori

Memento mori es un dictum latino que significa literalmente "recuerda que morirás". El uso de esta frase se empleaba para recordarle a un militar triunfante en un evento bélico que no fuese soberbio, pues la condición mortal es infranqueable.

La expresión apunta a la fugacidad de la vida, y otro de sus usos se encontraba conectado con el simple imperativo: debemos recordar nuestra mortalidad como seres humanos.

Este imperativo trasciende épocas, pero ¿podemos conocer qué es la muerte? ¿por qué es indispensable recordar la muerte? Los latinos creían, lo cual me parece vigente aún, que la muerte debe recordarse por dos razones, nuestro poder y control de las cosas es fugaz e ilusorio, además de que la mirada puesta en la muerte nos puede hacer valorar la vida.

La muerte no es un tema sencillo dado que es totalmente angustiante, esta angustia normalmente es un terror psicológico al no saber qué encontraremos cuando estemos muertos, pero ¿encontraremos algo en la muerte? Pensamos la muerte desde la vida, por ello creemos que experimentaremos algo, lo cierto es que no lo sabemos, desconocemos si tendremos experiencia de algo una vez fenecidos, desconocemos si tendremos la misma forma de experimentar.

Heidegger afirmaba que nuestro ser más radical es ir hacia la muerte, la existencia es un trayecto temporal que culmina en la muerte. Esta existencia finita es la que posibilita que tengamos una vida tal y como la entendemos, pues permite que vivamos en una época, en una cultura, hablemos una lengua y convivamos con personas de esa época.

El filósofo alemán que hemos aludido pensaba que el estado de finitud o muerte se experimenta de cierta forma en vida. Se tiene acceso a la muerte mediante la angustia, pero no una angustia de carácter psicológico, sino una angustia de carácter ontológico, lo cual significa comprender la finitud por lo que es, en tanto que es algo que acontece: la muerte es la clausura de las posibilidades, lo que las finiquita, el angostamiento de posibilidades de lo que somos. En vida somos posibilidad, ya que nosotros decidimos lo que queremos ser y estamos siendo, pero una vez que la muerte llega no somos más posibilidad de autodeterminación.

Para Epicuro la muerte no se podía experimentar. Afirmar que la muerte se podía comprender constituye un absurdo o sin sentido, pues "cuando la muerte llega nosotros ya no estamos". Con lo anterior, el filósofo griego pretendía eliminar todo temor y superstición ante la muerte, a saber, cuando estamos muertos nosotros ya no tenemos conciencia alguna de eso que llamamos muerte. En este sentido, no podemos conocer qué es la muerte misma ni mucho menos qué es aquello que nos depara más allá de nuestra propia muerte, pues estamos impedidos de saberlo.

Al parecer estas concepciones sobre la muerte son más angustiantes que la muerte misma, ya que la muerte sólo se puede comprender como el polo negativo de la vida, como límite que nos aproxima. Tanto Heidegger como Epicuro nos hablan de la muerte en general, pero nos dicen poco respecto de nuestra propia muerte. ¿Cómo hablar de nuestra propia muerte? Nietzsche sostenía que la muerte es un acontecimiento que se vive, pues no se puede diferenciar entre vida y muerte, cada momento que vivimos estamos muriendo, la muerte no es el simple culmen de la existencia. La muerte se vive bajo ciertas ideas heredadas de nuestra cultura y educación familiar, no podemos separar nuestra muerte de las ideas propias que tenemos en torno a ella.

La muerte, como el último momento de la vida, tiene un significado específico para nosotros, podemos vislumbrar la trascendencia de nuestra muerte, comprender la situación en la que dejaremos a nuestros seres queridos, incluso podemos desear cómo morir y acercarnos a la muerte eligiendo qué deberíamos hacer con nuestras cenizas o nuestro cuerpo. En este espacio significativo, cabe concebir la muerte como un evento alegre, debido a que si valoramos nuestra vida, necesariamente tenemos que valorar nuestra muerte. *Memento mori*, recordar que somos finitos para construir nuestra muerte, y así, también poder construir nuestra vida en su totalidad. Recordar que debemos vivir la muerte para no hacerla a un lado como algo desconocido, atemorizante, en todo caso, si la muerte fuese así, no dejaría de ser nuestra propia muerte.

Facultad de Filosofía UV
ensanche@uv.mx